

contrahecha del hombre sería. Lo único que podemos afirmar acerca de ella, sin temor de errar, es que se halla regida por leyes, y por leyes inteligentes. La existencia de la Naturaleza, su supervivencia son de ello la única prueba fedante.

Si el ornitólogo acepta nuevos sentidos en las aves debe aceptar órganos correspondientes que desempeñen la función y en tal caso hay que declarar francamente que se ignoran la anatomía y la fisiología animales. O se aceptan funciones especializadas sin órganos correspondientes—lo cual nos lanzaría en el caos de los monstruos.

Cuán sencillo, sin embargo, sería explicar todas esas actividades concibiendo las inteligencias del grupo o los grupos monádicos dirigentes de la especie. Cada ave es como una célula del grupo, independiente en la apariencia, en realidad atada a él por lazos vivos y reales, por más que invisibles. ¿Acaso los psicólogos que estudian lo que llaman el alma de las multitudes no se han visto obligados a admitir que los seres humanos al formar las muchedumbres se transforman en algo así como las células independientes de un más vasto organismo—o superorganismo—con sus instintos y sus impulsos propios y desligados de la conciencia individual de las personas del grupo? Si tal acontece con hombres, ¿por qué no habría de acontecer así con los animales que aún no han salido de su estado gregario?

Pero esto es ya entrar en el reino de una psicología profunda que aún no ha descubierto la Ciencia de nuestro tiempo, si bien fué patrimonio de la de otras viejas edades.

3. La prisión de un Sátiro

La Naturaleza recuerda. Su memoria es infinita. Lo que los hombres, las generaciones y las razas olvidan, ella lo guarda cuidadosamente en su memoria. No ha olvidado el primer grito del hombre que aún resuena en su memoria, ni el primer pensamiento de Dios.

Es susceptible de impresionarse, de conservar y de reproducir que son los tres procesos fundamentales de la memoria. ¿Por qué no habría de poseer una imaginación?

Pregunta absurda. Cuanto existe debe su forma y su ser a esa imaginación, también infinita, de la Naturaleza. Ella crea las formas de minúsculos foraminíferos o microscópicos cristales y vastos continentes en el fondo de los océanos o cirros ideales en las frigidísimas alturas de la atmósfera; ella concibe el cuello de un cisne y la piel del leopardo,

la flexibilidad de un gamo, el canto de un ruiseñor, el ala de un águila. La maravilla de un ojo, la inteligente volubilidad de la mano, la genial arquitectura del cuerpo humano son obra suya. Cuanto de grande y de bello han producido los mortales conserva los rasgos distintivos de la Naturaleza imitada. En este sentido ha de comprenderse el pensamiento aristotélico de que el arte es una imitación.

La Naturaleza crea perpetuamente y no conocemos todas las formas que existen ni mucho menos, cuantas formas han existido.

Cuando de seres extraños se trata suelen los escépticos atribuirlos a creaciones de la fantasía de los hombres—y de los hombres primitivos—como si los hombres disfrutasen de mayor poder creador que la Naturaleza misma, de la cual nosotros también somos hechura.

Si de feraces matrices ella ha sacado al mundo hombres y machos cabríos, no hay ley biológica alguna con prestigio bastante que se contraviniese con la aparición del sátiro.

El sátiro no fué una fantasía pagana,

fué un hecho tan real como el dinosaurio. Seres humanos lo conocieron y le dieron caza.

En la vida de Sila que escribió Plutarco se lee que «Sila, bajando al mar por la Tesalia y la Macedonia, se disponía a marchar con mil y doscientas naves desde Dirraquio a Brindis; pero está allí cerca Apolonia, y a la inmediación de ésta Ninfeo, lugar sagrado, donde de un montecillo cubierto de hierba y de unos prados nacen diversas fuentes que de continuo manan fuego. Estando él allí durmiendo, se dice que cogieron un sátiro, cual los escultores y los pintores los representan, y que traído ante Sila, se le preguntó por medio de diversos intérpretes quién era, y como nada articulase con sentido, ni despidiese más que una voz áspera mezclada del relincho del caballo y del balido del macho cabrío, asustado Sila le hizo soltar conjurando el mal agüero».

Así, miedo sagrado en el alma de Sila puso en libertad a un cazador de ninfas.

R. BRENES MESÉN

Syracuse University, N. Y. U. S. A.

Torbellinos

HAY espíritus en formación, así como hay astros en formación. Hay espíritus que son torbellinos: se agitan sin cesar y giran vertiginosamente en torno de una idea o de un sentimiento, hasta que el huracán, que es su ley, les arrastra a girar en torno de una idea nueva, de un sentimiento nuevo. ¿Qué se llevan de cada uno de esos focos de que fueron satélites una hora? Un germen, que será mañana una flor.

Tales almas que ahora parecen inconstantes, sin carácter, versátiles, serán un día los ejes de un mundo; soles que servirán de sostén a un sistema; núcleos de vidas que nutrirán enjambres de almas, y a los cuales irán a pedir verdades y consuelos, los corazones doloridos y los cerebros atormentados.

Entre tanto, desconciertan, y su contacto hiere o lastima. Porque lo que todos desean y buscan en la vida, que es el reposo y la estabilidad, ellos no pueden darlo. Ni la amistad, ni el amor, ni el deber hallarán a su sombra sino un abrigo momentáneo. A cierta hora, en cierto instante, os darán un sorbo de agua límpida; mas si volvéis mañana a beber otra vez, su manantial se habrá extinguido; o más bien, sus aguas, corriendo escondidas bajo la tierra, habrán surgido en otra parte, distantes de vosotros.

Tales almas se desplazan y se transforman constantemente; no son perennes sino en el cambio; dan luz, pero su luz es como las puestas de sol, imposible de cristalizar en un solo matiz; cuando habéis hallado el nombre de su color, ya su color es diferente.

Incomprendidos, e incapaces de comprender, en apariencia, casi no producen más que dolor. Pero nadie sufre más que ellos: su conflicto perenne, su drama sin desenlace, es que si obedecen a su propia ley, no servirán para calmar los dolores de sus prójimos ni para desvanecer sus tinieblas; si se consagran a éstos y marchan a su paso, el torbellino que les agita se transformará en un suicidio lento y cruel, y cada uno de sus soplos agostará su propio corazón.

Nacieron solitarios, y únicamente la callada voz de la soledad puede expresar su pensamiento, y el oído del silencio puede únicamente oír sus quejas.

No son un río encajonado y disciplinado que se preste a mover las ruedas de un molino que dará el trigo a toda la comarca: son la inundación. No son el viento alísio que soplará dócilmente las velas de la barca donde navegan esperanzas e intereses; son la tempestad: su soplo refresca, pero derriba; su lumbre ilumina, pero

consume; sus aguas refrigeran, pero ahogan.

En verdad, *todavía no son*, y caridad sería, ya que no comprenderles, olvidarlos.

Pasad junto a ellos sin deteneros... Un día... ¿cuándo?... un día que sólo Dios conoce, os sorprenderá y os arrojará la suave y apacible luz de

un lucero que oscila levemente bajo un palio de seda con el fondo de perlas y las orlas de nácar. Lo contemplaréis horas y horas, y a cada instante será su luz más dulce, más tranquila, más suave, y su mirada os embalsamará el corazón. ¿Es Venus? ¿Es Sirio? No; es aquel torbellino, aquella tempestad, aquella inundación

que halló al cabo el reposo, y os viene a descifrar el misterio de su carrera, y a confiaros su secreto en palabras que son de miel, y con pensamientos que son de luz...

Esperad hasta entonces... Entre tanto, haced la caridad de olvidarles.

A. MASFERRER

San Salvador, Otbre. de 1925.

Los hombres se han pasado la vida, en la sucesión del tiempo, dándole vueltas a la noria de sus ideas, de sus sistemas, de sus teorías. Cuando se tiene alguna experiencia, deja uno de sorprenderse por estos cambios, por estos *ricorsi*; y lo más que hace es buscarles alguna explicación.

El espantoso choque de que fueron víctima inmediata los pueblos de Europa, y cuya responsabilidad andan todavía lanzándose a la cabeza unos a otros sus gobiernos, nos ha traído a este período deplorable en que parece revivir con pujanza la viejísima teoría de la fuerza. Desde que Mussolini se suplantó al reyezuelo de Italia, los Mussolini de menor cuantía nacen como hongos acá y allá. Y desde que se vió caer, en los años sangrientos, a los hombres, como espigas que abate viento tempestuoso, se ha vuelto a mirar la vida humana como cosa baladí.

En torno de la práctica, se levanta siempre la doctrina. No se oye todavía abogar abiertamente por el homicidio político; no tenemos aún Maquiavelos de última hora; pero ya pululan defensores de la pena capital. Sea lícito a un escritor del tiempo viejo oponer siquiera sus argumentos a estos penalistas de fuerte brazo y duro corazón.

Deseo ahorrar a mis lectores rodeos innecesarios. La controversia sobre la pena de muerte se ha ensarzado por muy diversos vericuetos, y se han traído a colación desde las tablas de la ley del casi mitológico Moisés, hasta el nonato código penal que duerme el sueño de los justos en los cartapacios de nuestra Cámara. No hay que malbaratar el tiempo. Hay que ir al corazón del asunto. El hombre apetece la sangre. Debajo del barniz que cubre al civilizado palpita el espíritu homicida del piel roja cazador y poco menos que antropófago. Yo, juez, al ir a sentenciar a un reo bañado en sangre, me diría por lo bajo: «mírate por dentro».

Conviene decirlo y repetirlo hasta la saciedad. Si algo debe haber inviolable para la sociedad es la vida humana. Vivimos juntos para disminuir en lo posible los riesgos tremendos de la existencia. El mayor peligro es despertar la fiera que duerme en

Mi voto

(De *El Figaro*, Habana).

nuestro corazón. Creer que es una garantía eliminar violentamente al que amenaza nuestra pusilanimidad, cometiendo un crimen de sangre, resulta de una sencillez inconcebible. Y de una imprevisión espantosa. La ejemplaridad de la última pena es tremenda; pone de manifiesto lo fácil que es matar. Estoy encima, peso doscientas libras, eres una hormiga que me pica, y te aplasto. Es de una lógica al alcance de todos los espíritus. Para amansar al ser bravío que el apetito o la pasión lanzan contra su prójimo, me precipito en masa sobre él, y lo agarroto. Para que escarmienten los bravíos, me digo después, y se lo voy repitiendo a mis coadjutores.

En efecto, como el hombre es olvidadizo por naturaleza, cuando pasa un poco de tiempo, el terror se disipa, y el impulso funesto resurge poderoso. Porque, no hay que disimularlo, se ajusticia para amedrentar. Y aunque los anales de la humanidad están chorreando sangre desde los cadalsos, sin que se hayan amedrentado en lo más mínimo los posibles asesinos, seguimos aferrados a la idea de que el código penal debe tener por cristus una silla eléctrica.

No parecemos afectarnos por la idea terrible de que toda la máquina social, desde el aguacil hasta el sumo imperante, se alce contra un solo hombre aherrojado, y lo aplaste. Este ejercicio de la fuerza bruta es santo, aunque parezca monstruoso. Mira en él la justicia social que se yergue formidable, y te defiende... Mejor sería que se empleara en procurar la verdadera defensa, que consistiría en ir eliminando las causas constantes de ignorancia, de vicio, de miseria; en ir limpiando al hombre de la costra empedernida que acumula en su alma la mala organización de la sociedad.

¿Y mientras tanto? Mientras tanto, suframos lo que no hemos sabido remediar. Bajo el látigo de la necesidad, busquemos el remedio. Tratemos de impedir eficazmente el crimen; tratemos de ponernos a cubierto del cri-

minal. Reduzcámoslo a la imposibilidad de hacer daño. Mejoremos, perfeccionemos las prisiones; no para que sean salones de sport, pero sin que sigan siendo mazmorras de tortura. Hagamos de ellas lugares en que se custodie al reo, y cuando sea posible, en los casos en que sea hacedero, se le eduque o se le reeduque.

Lo más sencillo es matar; pero el mejoramiento del hombre no es sencillo. Amansar, domesticar, suavizar al ser abrupto que nos entregan los bajos fondos que se extienden en torno nuestro, a nuestra vista, junto a nosotros, resulta obra bien digna y bien necesaria y provechosa de esta semicivilización en que vivimos los más cultos.

ENRIQUE JOSÉ VARONA

Vedado, 1925.

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos, ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración: LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA

Revista Ariel

Letras, Artes, Ciencias, Misceláneas

Aparecerá el 15 y 30 de cada mes, en cuadernos de 28 páginas.

Director:

FROYLÁN TURCIOS

Dirección y Administración:

Esquina casa Streber.

Tegucigalpa, Honduras. Centro América.